

la persona á la cual el rey hubiese comunicado sus órdenes, debiendo ser la primera la de embarcar al enviado del rey, que quedaria á bordo sin ir mas en tierra.

Hecho esto pasaria el nuevo embajador á ver al sultan y diria al gran visir que el rey habia mandado á su enviado y á todos los comerciantes franceses regresar á Francia. A esto añade el baron que la descripcion que habia hecho de los castillos de los Dardanelos probaba que era fácil apoderarse de ellos. El embajador extraordinario debia tener preparadas las nuevas capitulaciones con las ampliaciones necesarias y decir al gran visir con firmeza: «Firma, y si no, me voy. Si se me hace el menor mal se llenarán vuestros mares de buques del emperador mi amo, que saquearán vuestras costas, entregarán á vuestros súbditos á la desesperacion, arruinarán vuestro comercio, os sitiarán por hambre y me vengarán de una manera que no se olvidará en muchos siglos.» En Marsella hay desde hace diez años géneros levantinos que bastarán al consumo durante veinte años y en caso de una guerra con Turquía podria apoderarse la Francia en menos de un mes ó mes y medio de todas las islas del archipiélago que hoy gimen bajo el yugo turco, y que se juzgarían felices en tener por soberano al rey de Francia. Doce disparos de cañon reducirían á escombros el castillo de Esmirna; los franceses saquearian la ciudad y se sacarian de ella grandes riquezas. Chio no aguardaria ni el primer disparo para entregar las llaves de la ciudad (1).

Al año siguiente, 1673, envió Luis XIV al marqués de Nointel á Constantinopla, y este nuevo embajador procedió como su predecesor habia propuesto, y como poco menos de dos siglos despues obró el príncipe de Menschikoff. Dió fondo con cuatro buques de guerra en el llamado Cuerno de Oro, y no quiso saludar á la ciudad con las salvas de costumbre hasta que se aseguró de que su saludo seria debidamente contestado, ni quiso ver al gran visir por haberse portado este funcionario de una manera inconveniente con sus predecesores. Segun órden de Luis XIV, el embajador debia comunicar sus instrucciones directamente al sultan, lo cual ofreció la nueva dificultad de hallarse el sultan en el campamento de Andrinópolis. En vista de la resistencia, pidió el marqués instrucciones nuevas de su gobierno y el rey le ordenó, exactamente como posteriormente el emperador Nicolás á Menschikoff, que se retirase si continuaba el gobierno turco en su negativa. Esto produjo el efecto deseado; la Puerta cedió, las capitulaciones no solamente fueron renovadas, sino ampliadas con los nuevos privilegios que el rey de Francia habia deseado (2).

Claro es que las concesiones arrancadas á la fuerza ó de otra manera abusiva, y que perjudicaban á súbditos del sultan (3), habian de ser para éste onerosísimas. Los griegos y armenios continuaron luchando, y los primeros atacaron en particular la capitulacion nueva, la del año 1673. El intérprete del gobierno turco, el ladino é influyente Panajoti, que habia negociado con el marqués de Nointel, consiguiendo, obrando al parecer por puro fanatismo, y quizás alentado por el mismo gobierno turco, un decreto del sultan que restituía á sus correligionarios, los cismáticos, los santuarios que el sultan habia concedido á los católicos por mediacion de Nointel (4).

Luis XIV, asediado á su vez por los católicos, envió un

(1) Esta memoria de D'Arvieux se encuentra en el *Recueil des Traitez*, del baron de Teste, tomo I, págs. 7 á 13.

(2) Poujoulat: *La France et la Russie á Constantinople*, Paris, 1853, segun las memorias de D'Arvieux, pág. 55.

(3) Los armenios y cristianos cismáticos.

(4) Ubicini da en sus *Lettres sur la Turquie*, tomo II, pág. 61, noticias curiosas sobre Panajoti.

nuevo embajador, Chateaufort, á Constantinopla para negociar un arreglo, que se hizo en 1690 entre el enviado francés y el gran visir, Mustafá-Cupruli, arreglo que fué una nueva victoria de los católicos. Reinando Luis XV tuvo necesidad el sultan del auxilio francés contra el orden de San Juan de Malta y decretó que los católicos serian en adelante dueños de toda la iglesia del Santo Sepulcro, á cuya concesion se agregó en 1740 una compilacion y ampliacion de todas las capitulaciones, que logró despues de firmada la paz de Belgrado el embajador francés Villeneuve, el cual, habiendo adquirido grande influencia en Constantinopla, quiso dar á esta compilacion el carácter de tratado, y logró por lo menos que el sultan la confirmara con juramento solemne por sí, sus sucesores y sus empleados. A fin de acabar con los muchísimos disgustos originados por las diferencias de las interpretaciones que unos y otros daban á las capitulaciones, pues que el gobierno turco no acompañaba sus cartas de privilegios con ninguna traduccion oficial, la mandó hacer otro embajador francés, el conde de Vergennes (5). Merece particular mencion el artículo 33, que, repitiendo la capitulacion obtenida en 1673 por el embajador Nointel, confirma, sin dejar lugar á la menor duda, que los sacerdotes católicos estaban establecidos conforme al uso antiguo dentro y fuera de Jerusalem en la iglesia del Santo Sepulcro. Los franceses pretenden que la expresion «fuera de Jerusalem» se refiere á Getsemani y Belen, pero esta asercion es discutible. El artículo 83 es muy importante para Francia en concepto internacional, y dice así: «Siendo la amistad entre la corte de Francia y mi Sublime Puerta mas antigua que la de las demás cortes, ordenamos que los privilegios y honores concedidos á otras naciones (6) se entiendan tambien concedidos á los súbditos del emperador de los franceses, á fin de que éste sea tratado con la mayor dignidad.»

El artículo 33 necesitó una aclaracion, porque en él no se especificaban los santuarios que los católicos pretendian ser suyos. El mérito de haber llenado este vacío corresponde tambien al embajador conde de Vergennes, que obtuvo en 1757 un decreto del sultan dirigido á este fin, decreto que se guarda en el archivo de los monjes del Santo Sepulcro en Gálata (7). Sobre la lista de los santuarios enumerados en este documento se basan las pretensiones posteriores de Francia (8). Como ya hemos dicho, se confirmaron todas las capitulaciones concedidas á Francia por la Sublime Puerta por primera vez en condiciones sinalagmáticas en el tratado de Paris del 25 de junio de 1802, en el cual se concedieron al propio tiempo á Francia todas las ventajas que gozaban en Turquía otras potencias.

Hasta el gobierno escéptico de Luis Felipe no pudo renunciar á la influencia política y religiosa de la Francia en

(5) Esta traduccion se ha publicado bajo este título: *Capitulations ou traités anciens et nouveaux entre la cour de France et la Porte ottomane, renouvelés et augmentés l'an de Jésus Christ 1740 et de l'Hégire 1155; traduits á Constantinople par le Sieur Deval, secrétaire interprète du Roi et son premier Dragman á la cour ottomane, 1761.*

(6) Esto se refiere principalmente á España é Italia.

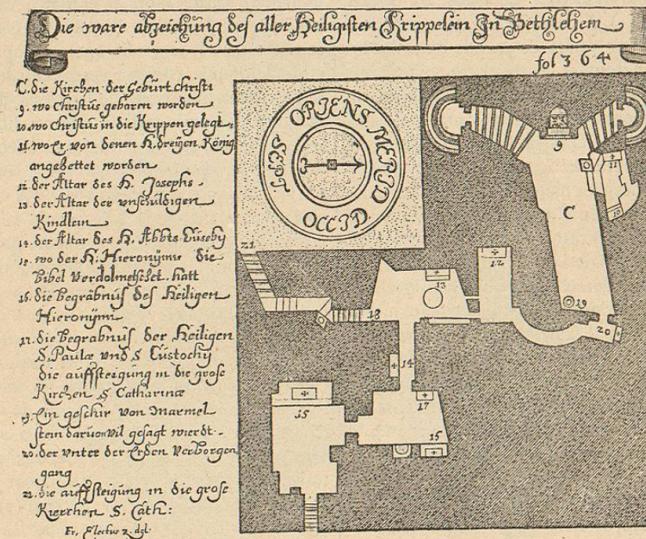
(7) Se encuentra completo en la obra de César Famin: *Histoire de la rivalité et du Protectorat des Eglises chrétiennes en Orient*, páginas 40 á 42.

(8) Hay que advertir que existen divergencias muy notables entre las colecciones y documentos sueltos de los decretos expedidos por los sultanes á favor de los católicos. Teste, tomo I, pág. 5, cita, hablando de las renovaciones y ampliaciones de las capitulaciones francesas, los años 1569, 1581, 1604, 1673 y 1740, y menciona en el tomo III otros 26 decretos mas, cuyos originales dice haber examinado en los conventos católicos de Constantinopla y Jerusalem, donde se conservan; pero Hammer menciona además renovaciones hechas en los años 1609, 1614, 1618, 1624 y 1684, de cuyos documentos no ha podido descubrir el menor indicio.

Oriente, y uno de sus embajadores, el almirante Roussin, logró que los católicos pudiesen celebrar su funcion anual en la iglesia de la Ascension, situada en el Monte Olivete, á pesar de estar transformada en mezquita.

El exámen de los títulos en los cuales la iglesia cismática griega funda sus pretensiones de propiedad de los Santos Lugares ofrece dificultades particulares; porque mientras los derechos de los católicos se hallan compulsados en las capitulaciones concedidas á la Francia, y sólo se fundan en segundo lugar en las mencionadas raíces, que se extienden hasta la Edad media, los cismáticos derivan sus derechos de los primeros siglos del cristianismo y dicen que la iglesia del Santo Sepulcro fué erigida por Santa Elena, cuando en

el año 326 visitó Jerusalem, en el sitio donde encontró la cruz de Cristo, y tambien atribuyen á esta santa otras fundaciones piadosas. Habiendo sido Santa Elena madre de Constantino el Grande, fundador de Constantinopla, los cristianos griegos cismáticos se creen herederos naturales y legítimos de aquellos lugares. Contra esto dicen los católicos que Santa Elena era cristiana católica romana, que envió al Papa un pedazo de la Vera-Cruz por ella descubierta y que fué canonizada por la iglesia católica, y como entonces no existia todavia el cisma, era católico tambien Constantino. El imperio griego fué fundado cuando Santa Elena habia ya muerto y la iglesia griega en rigor nació 700 años despues de la muerte de esta santa y de su hijo Constantino; por manera



Facsimile del plano de la cueva donde nació Jesucristo, publicado en la obra del monje franciscano Zwinner «Libro de flores de la Tierra Santa de Palestina,» impreso en Munich en 1661

que la Iglesia católica romana, y no la cismática griega, resulta ser la heredera natural de los Santos Lugares (1). Mas los cismáticos no se contentan con alegar estos títulos nacionales caducados ya por sucesivas conquistas y reconquistas, sino que tambien hacen valer el hecho de que el patriarca Sofronio salvó los Santos Lugares de la destruccion cuando los árabes acaudillados por Omar conquistaron en el siglo VII á Jerusalem y el califa quiso transformar la iglesia del Santo Sepulcro en mezquita. Entonces dicen que Omar concedió á Sofronio y á los suyos en un decreto la autorizacion de continuar en los Santos Lugares. Ahora bien, los católicos declaran este decreto apócrifo, y la exposicion rusa mas reciente de este asunto no sale á la defensa de la autenticidad del decreto y se contenta con decir que es difícil probar la autenticidad de documentos tan viejos (2). El mismo gobierno turco ha declarado repetidas veces que este decreto

(1) El vizconde de la Jonquiere, que fué catedrático de Historia en la escuela militar de Constantinopla, cita en su *Histoire de l'Empire ottoman*, Paris, 1881, pág. 510, un decreto del año 1663, que hace constar que los frailes católicos se hallaban en posesion de los Santos Lugares desde la conquista de Constantinopla por el califa Omar, y que tambien como antes se hallaban en posesion de la cueva de Belen, de que se apoderaron los griegos con engaño, presentando títulos falsos.

(2) *Etude diplomatique sur la guerre de Crimée*, tomo I, pág. 128.

es una falsificación, á pesar de ser natural que el califa Omar, despues de respetar los santuarios cediendo á las súplicas de los griegos, los hubiese dejado en poder de estos. Los griegos, ó sea los cismáticos, alegan tambien en defensa de su derecho de posesion que segun el testimonio de Guillermo de Tiro, que escribió en el tiempo de la primera cruzada, el emperador Constantino Monomaco á solicitud de los católicos romanos reconstruyó la iglesia del Santo Sepulcro, destruida en el año 1010 por el califa Daher. La impresion general que produce la enumeracion de los títulos de posesion de las dos partes, es que los títulos de los católicos tienen mas valor segun el derecho internacional, y los de los cismáticos tienen á su favor el derecho de la tradicion nacional ó patria. Mas la situacion de los cristianos cismáticos de Turquía se ha modificado muy mucho por efecto de los cambios que la conducta de Rusia ha originado en el imperio turco. El artículo 7.º del tratado de Kuchuk-Kainardyi estipula lo que sigue: «La Sublime Puerta promete proteger constantemente la religion cristiana y sus iglesias y permitir á los ministros (3) de la corte imperial de Rusia interceder en todas ocasiones á favor tanto de la nueva iglesia de Constantinopla (4), mencionada en el artícu-

(3) Embajadores, ó sean ministros residentes.

(4) En la calle de Bey-Oylon, en Gálata.

lo 14.º, como de sus ministros. Promete además tomar su intercesión en consideración, como hecha por una persona de confianza de una potencia vecina y formalmente amiga.»

Basados en este artículo pretenden los rusos y los súbditos cristianos cismáticos del sultan que el tratado de Kuchuk-Kainardiy concede al emperador de Rusia un protectorado sobre los cismáticos en los Estados del sultan, y además sacan en apoyo de sus pretensiones una multitud de decretos que supieron arrancar de los soberanos de Turquía en el transcurso del tiempo. Es muy cierto, por ejemplo, que Mahometo II al posesionarse de Constantinopla confirmó al monje Escolario en la dignidad de patriarca á que había sido elevado por el sínodo; pero ningún documento auténtico prueba que el sultan le hubiese confirmado, según pretenden los cismáticos griegos, en el goce de todos los privilegios de sus predecesores (1). A pesar de esto los cismáticos tomaron esta tradición como punto de partida de todos los privilegios que alcanzaron después. Entre el gran número de cargos que los católicos dirigen á los cismáticos merece mencionarse el de que vendieron á los turcos, para que estos pudieran expulsar á los venecianos de la isla de Candía, el plomo con que estaba cubierta la iglesia de Belen, que se empleó en fundir balas, y después hicieron valer este servicio, dirigido contra los cristianos, en Constantinopla para lograr un decreto que les autorizaba á restaurar el daño hecho. Una cosa análoga ocurrió con la iglesia del Santo Sepulcro (2). A la confusión de títulos de derecho contribuyó un incendio de que fué presa en 1808 la iglesia del Santo Sepulcro, incendio que se atribuyó por unos al fanatismo de los cismáticos y por otros á los armenios. Los cismáticos, es decir, los griegos hicieron restaurar la iglesia por albañiles procedentes de Mitilene; pero la restauraron de una manera grosera, sacrificando bellezas arquitectónicas como la cúpula, restaurada en 1558 á expensas del emperador Carlos V y de Felipe II de España, y que era una imitación de la cúpula del Panteón de Agripa; y como los sepulcros de Godofredo de Bullon, de Balduino, de Felipe de Borgoña y Felipe I de Francia. Estos sepulcros fueron abiertos, los huesos dispersados y rotas las inscripciones. Para los mahometanos las reparaciones y restauraciones de edificios son un título de posesión, y desde entonces perdieron los católicos la posesión del Santo Sepulcro, de la grande cúpula, de la piedra de la Uncion, los siete arcos de la Virgen y los sepulcros de los reyes. Antes ya habían perdido la cúpula pequeña, la iglesia mayor de Belen, el paso á la gruta del Nacimiento, la capilla subterránea y el sepulcro de la Virgen en Getsemani (3). Esta situación de los católicos se fué empeorando á medida que la Rusia fué humillando á la Turquía, hasta que al fin estalló en Oriente la tempestad de rehabilitación de la antigua influencia neo-latina. Para comprender la situación difícil en que esta lucha colocó al imperio turco y para hacerse cargo en general de todo el cuadro histórico que vamos ahora á desarrollar, es menester tener presentes los siguientes datos geográfico-estadísticos.

A mediados del presente siglo se contaban setenta millones de individuos que profesaban la religión cismática griega (4). De éstos, eran cincuenta millones súbditos del imperio ruso; y trece millones y medio compuestos de griegos,

(1) Hammer: *Historia del imperio turco*, tomo III, pág. 4, de la edición francesa.

(2) Según dice el prelado húngaro Mislin en su obra: *Les Saints Lieux*, tomo II, página 41, refiriéndose á varios historiadores antiguos.

(3) Famim: *Histoire de la rivalité*, etc., pág. 372.

(4) Ubicini en sus *Lettres sur la Turquie*, Paris, 1854, tomo II, página 16, calcula el número de cismáticos en solo 64 millones.

pero también de muchos eslavos, árabes y otros elementos, eran súbditos del imperio turco. Sería un gran error considerar á estos cristianos como pertenecientes á la raza griega (5), pues que vivían en los principados danubianos, que entonces formaban parte del imperio turco, tres millones y medio, en Austria más de tres millones y en Grecia cerca de un millón de cismáticos. En realidad los súbditos mahometanos del sultan no estaban en mayoría sino en las provincias asiáticas; en Europa sus súbditos cristianos cismáticos tenían siempre su vista fija en la vecina Rusia. Además del patriarca ecuménico de Constantinopla, cuya influencia es muy grande, hay los patriarcas de Jerusalén, Alejandría y Antioquía, que administran nada menos que 146 diócesis con sus arzobispos y obispos (6). Enfrente de estos dignatarios cismáticos existe ahora el patriarca católico, recientemente instalado en Jerusalén. El patriarca cismático de Alejandría se titula «el décimotercio apóstol, papa y juez del orbe,» y el de Antioquía «sucesor verdadero de San Pedro.» Téngase en cuenta que detrás de la iglesia cismática, con su clero, que cree permitido todo lo que se dirija contra los tiranos mahometanos, está la Rusia, que alienta el odio contra los turcos, y se comprenderá que sin la competencia y rivalidad de los católicos y la vigilancia y los consejos de las potencias occidentales, sería desesperada la situación del gobierno turco; por lo cual es sumamente provechosa para el mismo gobierno la rivalidad católica, por mucho que le moleste con sus reclamaciones y exigencias.

Durante la gran revolución francesa no descuidó el gobierno de Francia sus privilegios religiosos en Oriente, y la misma república que expulsó de su territorio no solamente al clero, sino á Dios mismo, dice un ministro turco de Negocios extranjeros, veló por medio de sus representantes en Constantinopla sobre sus privilegios relativos á los Santos Lugares y á los jesuitas; porque, dice el mismo funcionario turco, la Francia no podía abandonar una causa en la cual defiende sus intereses y los de otros (7). A consecuencia de esto se volvieron á confirmar todas las capitulaciones en el tratado del 25 de junio de 1802 y además se devolvió á los católicos la gruta de Getsemani. Además consiguió la Francia en 1811 la declaración del gobierno turco de que las obras hechas por los cismáticos en la iglesia del Santo Sepulcro á consecuencia del incendio, no invalidaban los derechos de los católicos. Luis XVIII creyó que el mejor medio de reintegrar á los católicos en sus derechos era arreglar el asunto amistosamente con el emperador de Rusia, amigo personal suyo, y con este fin hubo entre las dos cortes en los años 1819 y 1820 negociaciones en las cuales tomó mucha parte por la Francia el conde Marcellus. Estas negociaciones quizás hubieran conducido á un arreglo si la revolución griega no lo hubiese desbaratado todo. La actitud con-

(5) Según dice Fallmerayer en su obra: *Fragments aus dem Orient*, segunda edición, Stuttgart, 1877, pág. 587, vivían en la época de que tratamos en el continente ilírico 6.400.000 eslavos, 1.150.000 albaneses, 1.000.000 de turcos y 895.000 griegos. Este autor niega que los actuales habitantes de Turquía, evidentemente sin justicia, tengan sangre verdaderamente griega.

(6) Sobre la organización de los *rayahs*, ó sean los súbditos no mahometanos de Turquía, véase en la obra alemana de J. Eichmann: *Las reformas del imperio turco*, apéndice, documento cuarto, y en Ubicini, *Lettres sur la Turquie*, tomo II, la exposición de lord Stratford de Redcliffe sobre los privilegios concedidos por la Puerta á sus súbditos cristianos desde antiguo; exposición que envió al gobierno inglés en 16 de enero de 1856.

(7) *La vérité sur la question des Lieux saints par quelqu'un qui la sait*. Imprimé á Malte, agosto 1853. El autor de este escrito es Fuad Effendi, que después fué gran visir. Teste incluyó este escrito, en vista de su importancia, en el tomo III de su *Colección de tratados*.

tiliadora del emperador Alejandro forma, no obstante, un singular contraste con la de su sucesor.

Ya hemos visto que el gobierno de Luis Felipe no podía dejar del todo abandonados los intereses católicos en Oriente; pero una multitud de consideraciones se opusieron á que la Francia apoyara con decisión las reclamaciones de los católicos en Jerusalén y Constantinopla. A pesar de todo, justamente este gobierno escéptico y, lo que es más, y lo que apenas ha sido estudiado por los historiadores, dirigido por el ministro protestante Guizot, resucitó la contienda secular por los Santos Lugares, dejándola candente para que des-

pues de una corta interrupción sirviera á Napoleón III para humillar al poderosísimo protector de los cismáticos, al emperador de Rusia. La política oriental de Francia había sufrido en el año 1840, en la cuestión maronita, una gran derrota, de la cual jamás se rehizo el gobierno de Luis Felipe. En tiempo del ministerio de Guizot los drusos habían cometido espantosas atrocidades en el Líbano contra sus vecinos los maronitas, que estaban desde el año 1659 bajo la protección de la Francia, lo cual había producido de rechazo ataques violentos al ministerio francés en las legislaturas de 1845 y 1846. En la cámara de los pares, el conde de Monta-



El obispo Valerga, primer patriarca católico de Jerusalén

lembert, entre otros, tomó la defensa de la causa de los cristianos del Líbano, y Leon de Malleville fué en la cámara de los diputados el defensor de la misma causa. Montalembert calculaba entonces la población maronita, probablemente exagerándola, de 400.000 á medio millón de almas, y dijo en la sesión del 15 de julio de 1845 que, según noticias seguras recibidas por él, los drusos de la comarca de Beirut, auxiliados por los turcos y á la vista de un agente francés, habían incendiado cincuenta aldeas habitadas por cristianos y habían descuartizado niños, asesinado sacerdotes, quemado ancianos y violado mujeres; habían devastado un convento en la aldea de Abbey, cerca de Beirut, y perteneciente á Francia, y habían asesinado al prior y á dos frailes. Las tropas turcas dejaron hacer, pero protegieron á los misioneros protestantes norteamericanos. A esta relación añadió Montalembert que la voz general señalaba al cónsul inglés en Beirut como instigador del levantamiento de los drusos, y que la conducta de este funcionario inglés era, en su opinión, efecto de la envidia de Inglaterra, molestanda por la influencia secular de Francia en el Líbano. Guizot reconoció la verdad de estos hechos, y expuso cómo y por qué en los últimos tiempos, con el asentimiento de las grandes potencias y en virtud de un acuerdo tomado en 1842, el

emir Beschir había sustituido al gobierno anterior de los maronitas, ejercido por una autoridad cristiana, con funcionarios turcos llamados caimacanes, uno para los maronitas y otro para los drusos. Recordó también que cuando en el año 1841 se empezó en Constantinopla á tratar seriamente de la cuestión siria, no se hallaba la Francia en situación de hacer suya la causa de los cristianos sirios, á los cuales había abandonado poco antes á su suerte en su lucha contra Mehemet-Ali, poniéndose no solamente del lado de la Puerta, sino también tomando partido contra aquellos cristianos, lo cual, añadió, había debilitado mucho la posición de Francia en Constantinopla (1).

Más vivos fueron en la legislatura del año siguiente los debates en la cámara de diputados, donde Leon de Malleville dijo en un discurso memorable: «Se ha empezado á combatir la influencia francesa por lo pronto en Egipto. Francia ha detenido al vencedor de Nesib y cumplido con esta la voluntad de Europa, que consistía en conservar la integridad del imperio turco, es decir, la integridad de ese botín inmenso que desde mucho tiempo es el objeto de la concupiscencia y ardorosa rivalidad de las potencias europeas, las cuales

(1) Véase el *Moniteur* del 16 de julio de 1845.